

¿UN ISLAM COMERCIAL O UN ISLAM ESENCIAL? PARTE II



Es pues, aquí, donde debemos realizarnos una pregunta trascendental: “¿Qué es lo que nos mueve a realizar aquello que el Islam nos dicta como musulmanes? ¿Es el amor profundo que sentimos por nuestro Señor y que debería arder en nuestro corazón como un magma que fluye

por las venas de nuestro espíritu, o es únicamente el juego “mercantilista” y “material” del: yo doy esto pues sé que me van a dar a cambio otra cosa?

Todos y cada uno de nuestros actos deben estar basados en una ética y una espiritualidad. Sin embargo, no podemos ignorar que la espiritualidad es más importante que la ética, pues antes que la razón está el corazón y, consecuentemente, el amor que en éste debe existir por Allâh. Ello no significa que nuestras obras no vayan acompañadas de buenas razones, pero, la base trascendente es la espiritual y no la racional. De lo contrario, si a la hora de medir las cosas antepone un baremo calculador y racional, el resultado será realmente nocivo. Hoy día, sólo tenemos que echar un vistazo a nuestra comunidad islámica para darnos cuenta que muchos de los problemas que los musulmanes sufrimos a nivel individual o colectivo tienen origen en esta forma de medir y valorar las cosas.

Es aquí donde quisiera hacer un inciso respecto a los nuevos musulmanes y a las personas que se aproximan y acercan al Islam para conocerlo.

Visto lo visto, no es de extrañar que mucha gente que entra en el Islam decida tomar “otro” camino dentro del propio Islam – por muy heterodoxo que pueda llegar a ser – buscando en él lo que las personas – y no el Islam – no le han podido ofrecer y que responda a sus necesidades espirituales más básicas; o, incluso – por desgracia – deja el Islam porque, a fin de cuentas, el “Islam” no le ha otorgado aquello que ansiaba encontrar una vez estando dentro de él.

O, lo que es todavía peor, encontramos a quien abandona el Islam por culpa de aquellos hermanos musulmanes que no dejan de atosigarles a base de designios y normativas “militares” totalmente vacíos de cualquier tipo de pedagogía y espiritualidad islámicas; creyendo esta gente, que están

actuando como auténticos predicadores rebosantes de conocimiento y guías iluminados incapaces de cometer algún tipo de error; indicaciones y consejos vacíos de toda Luz, sapiencia y misericordia, tales como: ‘no hagas esto, pues casi todo es *harâm*’, ‘déjate la barba hasta aquí’ (como si fuese un indicador del nivel de la fe la persona), ‘córtate los pantalones por acá’, ‘coloca tu mano dos centímetros por encima de la otra’, ‘no levantes la voz tantos decibelios’, ‘no se te ocurra alzar la mirada ni por un instante, ¿o es que acaso eres un pervertido?’, ‘ten cuidado a quien saludas, no sea que acabéis los dos en las redes de la lujuria y la concupiscencia’, ‘tú fíate de mí que entiendo el árabe, pues sin él, no podrás jamás de los jamases entender ni comprender el Islam’,...

¿Creéis que exagero? Quienes han pasado por esto saben muy bien de lo que estoy hablando.

Pregunta: ¿de quién es la culpa, pues, de que aquellos que han buscado a Allâh y han llegado a su din, al final acaben huyendo y alejándose del lugar donde pensaban iban a encontrar la respuesta, el sosiego y la felicidad? ¿Nuestra o suya?

Nuestro escaso – por no decir nulo – conocimiento de los principios más esenciales del Islam, hace que, en muchas ocasiones, nosotros seamos la causa por la que la gente no se acerque al Islam; y cuando alguien colmado de bendición divina accede a conocer el Islam y a interesarse por él, nosotros actuamos como esbirros del demonio – que Allâh nos perdone – haciendo que la gente salga espantada y no quiera volver a saber nada del Islam y, menos, de los musulmanes. Y, al final, es nuestro din, el Islam, quien paga el pato – como se suele decir –, cuando el Islam es totalmente inocente de nuestra mísera comprensión del din y de nuestra paupérrima praxis del mismo.

Olvidamos, entre otras cosas, palabras tan simples pero llenas de sapiencia como éstas que dijo el profeta Mujámmad: “Transmitid buenos auspicios y no malos augurios. Haced las cosas fáciles y no las hagáis difíciles”. (Transmitido por Albuĵârî, Muslim y otros eruditos del jadiz).

Lo que Allâh ha preparado en el Paraíso es algo que todo ser humano desea alcanzar, y el más hermoso y ansiado regalo que una persona puede obtener en la otra vida es adquirir –con el permiso de Allâh– la inmortalidad disfrutándola en un goce perpetuo. Eso, nadie lo puede negar, pues de lo contrario no sería humano.

Sin embargo, no debemos olvidar que el Paraíso es una creación de Allâh y no Allâh en sí mismo. Por lo tanto, basar nuestra praxis – basada y que emana de nuestra comprensión del Islam – en una mera relación mercantil vacía de toda espiritualidad que avive nuestro amor a Allâh, Señor del universo, es una praxis amorfa, pues no puede configurar ni moldear el espíritu para que, algún día – con el permiso de Allâh – lleguemos a amarle y desearle como criaturas suyas que somos y que le debemos absolutamente todo.

Pregunta: ¿Queremos, pues, un Islam de conceptos, de ideas, de consciencia, de actitudes, de esencia y de espiritualidad, o preferimos un Islam de formas, de posiciones, de modos, de movimientos y de apariencias?

Para acabar, quisiera concluir citando un hermosísimo hadiz que nos habla sobre el estado y la gracia que alcanzarán la gente del Paraíso y, que además, tiene relación con lo que, hasta ahora, he estado comentando.

Dice el profeta Mujámmad en un hadiz: ‘Cuando la gente del Paraíso tenga todo cuanto se les ha prometido, Allâh se dirigirá a ellos y les dirá: “¿Queréis que os dé algo mejor de lo que ahora tenéis?”. La gente responderá: ‘¿Y qué podemos tener mejor de lo que ahora tenemos?’” Entonces, se levantará el velo y la gente podrá contemplar el rostro de su Señor, Allâh. Entonces, la gente del Paraíso no tendrá nada mejor con lo que gozar que el hecho de contemplar el rostro de su Señor”.

Pedimos a Allâh que nos conceda su misericordia y su venia, y nos ilumine para comprender mejor su mensaje y, que, al llevarlo a la práctica, obtengamos realmente su complacencia. Y, así, tal vez, podamos entrar en el Paraíso con su beneplácito y pueda concedernos la gracia sublime de poder contemplar su rostro. Amén.